

Presentación

El problema que entraña los vínculos del historiador con sus objetos de estudio, esto es, los ingredientes intelectuales y afectivos que concurren en la representación historiográfica del ambiente y de los comportamientos de las personas, así como en la interpretación de los escritos y restos de épocas pasadas, en ocasiones tan alejadas en el espacio y en el tiempo que se nos antojan insondables, es un clásico de la epistemología histórica que hoy hace acto de presencia en las más destacadas maneras de estudiar el pasado. A él se han dedicado disciplinas filosóficas como la hermenéutica –esta, inspiradora, como se sabe, de las propuestas sobre epistemología de conocidos historiadores de los siglos XIX y XX– y el llamado “análisis del discurso”, ciencias sociales como la antropología, y diversas “nuevas historias” tales como la “historia desde abajo” y la “historia de los conceptos”. En *Historiografías* la comparecencia de esa clase de reflexiones viene haciéndose notar con asiduidad –atiéndase por ejemplo a los números 19 y 21–, y la presente entrega, que hace el número 28, es una prueba más de ello. En realidad, el asunto de las relaciones entre el sujeto y el objeto al momento de proceder a la construcción de las categorías y los relatos historiográficos se puede considerar el motivo que encarrila los artículos del apartado de Historia y Teoría que aquí presentamos.

La Sección la abrimos con el estudio de Gonzalo Urteneche, de la Universidad Nacional del Comahue (República Argentina), de título “Las entrevistas y el *otro* en la Historia reciente: el rol de las *categorías nativas*”. En él el autor pone sobre la mesa el término “categorías nativas”, de reciente empleo en la historiografía de su país. Como el lector observará, esta noción, acuñada no hace mucho con cierto designio negativo por el especialista en antropología e historia de la Argentina contemporánea Santiago Garaño, ha suscitado un incipiente debate en el seno de la allí llamada “Historia reciente” –el término equivale con pequeños matices a los de “Histoire du temps présent” e “Historia del presente”–; y en particular, el uso del concepto “estado terrorista” para definir a la dictadura militar que gobernó este país americano entre 1976 y 1983.

El mencionado debate, descrito con esmero por Urteneche, ha cobrado enseguida un cariz filosófico, y por extensión metodológico, en el que no falta la vieja discusión sobre el alcance de la distinción, procedente de la investigación social, entre la perspectiva *etic*, propia del investigador, y la perspectiva *emic*, asociada al objeto que se estudia. Llevado el tema a la historia cercana, lo que se dilucida es si tal dúo, esto es, el estudioso y sus personajes o el autor y sus fuentes y testigos, integrantes todos ellos, por así decirlo, del mismo espacio y tiempo, está obligado a separar íntegramente esos componentes, esto es, el sujeto, quien hace las veces investigador o historiador, y los objetos de su estudio; o, por el contrario, un uso más adecuado de las “categorías nativas”, que contribuyese a acercar entre sí el sujeto y el objeto, acaso pudiera enriquecer el estudio histórico y darle un semblante más polifónico (este adjetivo es del autor). Urteneche defiende esta última hipótesis ilustrándola con las investigaciones de los historiadores Vera Carnovale y Javier Salcedo, ambos en poder de recientes estudios pulcramente académicos sobre grupos políticos argentinos de extrema izquierda, caracterizados por el arraigo de sus relatos militantes y testimonios.

Los dos artículos que vienen a continuación nos llevan a temas muy alejados del comentado, pero relacionados con él a través del problema del protagonismo de autor, y sus límites, en la escritura histórica. En este caso la perspectiva reivindicada es el llamado postestructuralismo, la influencia del filósofo Michel Foucault esencialmente. En el primero de los textos esta influencia constituye el cimiento de la metodología que su firmante aplica al estudio de una de las más conocidas crónicas de Indias, la del fraile agustino Bernardino de Sahagún; y en el segundo, ese paradigma es parte esencial del enfoque que adoptó una de las variopintas revistas de historia social que se fundaron en las décadas de 1970 y aledañas. El primero de los artículos, “Herencias discursivas y escritura retórica misional en la indagación sahumantina sobre el pasado mesoamericano”, pertenece a Óscar Fernando López Meraz, docente de la Escuela Normal Superior Veracruzana “Doctor Manuel Suárez Trujillo” (México), quien ya colaboró en *Historiografías* en los números 11 y 19 (en este último con un trabajo del que “Herencias discursivas” se puede considerar una derivación). El segundo de los artículos, que firma el profesor de la Universidad Nacional del Litoral (República Argentina) Juan Diego García, lleva por título “*‘Nous ne voulons savoir plus, nous voulons savoir autre chose’*. Historia, memoria y temporalidad en *Les révoltes logiques*”.

El postestructuralismo, que entusiasmó a ciertos historiadores y sectores de la izquierda intelectual a partir de la década de 1980, acaso por su capacidad para relativizar los llamados esencialismos y sus significados políticos, sigue teniendo hoy un ascendiente notable, sorprendente incluso, en algunos ámbitos historiográficos. Uno de ellos es el de los estudios poscoloniales o “decoloniales” (permítasenos tomar ambos adjetivos por sinónimos, aun a sabiendas de que esto no es completamente exacto). Esta corriente, como es sabido, se caracteriza por reclamar la “voz” y la memoria o el relato de los pueblos indígenas; lo que a juicio de estos estudiosos permitiría, para el continente americano, desentrañar aspectos complejos de la conquista y la colonización hispanas –aunque en casos extremos lo que se pretende es afianzar una valoración política condenatoria de esa historia, perspectiva militante que a nuestro juicio no aporta nada provechoso a los estudios históricos–. El artículo de Óscar Fernando López Meraz, con su análisis de las claves del lenguaje retórico de fray Bernardino de Sahagún, lo podemos ver sin embargo como un intento de arrojar luz para desentrañar la complejidad, esto es, sobre el modo en que el afamado fraile se sirvió de algunos de los procedimientos narrativos asociados al humanismo renacentista.

No es en absoluto poca la bibliografía hoy existente sobre la figura y obra de este intelectual franciscano en quien se reconoce un destacado precursor de la moderna antropología y además integra, desde octubre de 2015, el prestigioso Register Memory of the World de la Unesco.¹ Las especiales características de su obra la han hecho merecedora de la atención de historiadores de diferentes especialidades, antropólogos y filólogos, españoles y americanos. Los métodos que utilizó, sobre todo en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, han sido uno de los aspectos que más han atraído el estudio. El artículo de López Meraz presenta una aproximación desde un enfoque que atiende a las formas de la escritura. Más allá de la –en nuestra opinión discutible o al menos muy matizable– tesis

¹ Memory of the World Register

<https://web.archive.unesco.org/web/20220323041423/https://en.unesco.org/programme/mow/registre> [consulta, 13 noviembre, 2024].

“foucaultiana” de que “el saber se construye desde el poder” (la frase casi literal es del autor), un análisis de esta clase, que atiende a los procedimientos del *Ars Rhetorica* de que se sirvieron las órdenes mendicantes y misioneras en siglo XVI, lo juzgamos interesante por la manera en que ilumina el uso de fórmulas de la antigüedad clásica, de la cultura medieval y del propio siglo contemporáneo. Que esto permita concluir que las prácticas misionales condujeron a “la destrucción de la memoria antigua de los naturales”, como sostiene el autor, es un asunto opinable que nosotros, para no entrar en disquisiciones políticas, dejamos aquí al juicio de los especialistas y lectores del artículo.

El tercero de los trabajos del apartado Historia y Teoría, también asociado al posestructuralismo, nos lleva a la llamada “historia desde abajo”, una corriente que asimiló dominios donde el relato del testigo pronto adquiriría especial relevancia, como ocurre con la llamada “historia oral”, y cuyo período de auge en Occidente se extendió por las décadas de 1960, 1970 y 1980. Entre los estudiosos resultan notorias revistas tales como *Le Mouvement Social* (1960), la *History Workshop Journal* (1976) y la *Social History* (1976). La que aquí presenta Juan Diego García, *Les révoltes logiques*, es en cambio mucho menos conocida. De la iniciativa de los filósofos Jacques Rancière y Jean Borreil, y la historiadora feminista Genevieve Fraisse, fue esta una publicación editada en la segunda mitad de los años 1970 en forma de 15 entregas dedicadas a la historia obrera y del feminismo,² llevada de un cierto talante contracultural y antiacadémico y de militancia maoísta, movimiento sesentayochista este de alcance internacional que en la citada década sedujo, al menos durante un tiempo, a destacados intelectuales franceses. La iniciativa se puede considerar por lo tanto parte la onda expansiva del Mayo francés que tempranamente comenzó a derivar en múltiples *afterlives* o vidas posteriores, según ha hecho observar Kristin Ross en su estudio sobre la “memoria” del famoso acontecimiento, oportunamente citado por el autor.³ La aparición de *Les révoltes* tiene que ver de hecho con las dificultades vividas por Partido Comunista Francés, la fuerza más veterana de la oposición de ese país por aquel entonces, así como con las que experimentó el “estructuralismo marxista” a la hora de explicar aquel evento de la primavera francesa; o, si se quiere, debido a la crítica y reorientación de la usanza estructuralista en aquellas circunstancias.⁴ Los fundadores de *Les révoltes logiques* decidieron buscar en la filosofía foucaultiana, en el llamado “análisis del discurso”, nuevas vías para entender las revueltas sociales, para estudiarlas como “memoria popular”; y, efectivamente, se mostraron tajantes con la *longue durée* braudeliana, a la que reprocharon su desprecio de la *courte durée* y, por lo tanto, su incapacidad para comprender las revueltas sociales más allá de sus aspectos socio-económicos o estructurales. Pero, como muestra el autor, el deseo de la revista de distanciarse de las formas al uso de escribir historia de los movimientos sociales, tanto las del ámbito académico –entonces representadas por revista paisana *Le Mouvement social*– como las simplemente militantes, le llevaron a propuestas sobre cómo debían tratarse tales movimientos, que el autor denomina con la expresión “memoria astillada”; una serie de ideas para explorar por vías más complejas que las de

² Para facilitar la labor del investigador los números completos de la revista (del 1 al 15) están disponibles en abierto en “Fragments d’Histoire de la gauche radicale”, <https://archivesautonomies.org/spip.php?article86>

³ Kristin Ross, *May ‘68 and Its Afterlives* (Chicago: University of Chicago Press, 2002).

⁴ François Dosse, *Histoire du structuralisme* (Paris: La Découverte, 1992), vol. 2, 143-158.

entonces, que la simple recopilación de memorias, las relaciones entre el historiador social y sus objetos y temas.

El último de los artículos de Historia y Teoría lo firma el profesor de la Universidad de Concepción (Chile) Diego Rivera Inostroza con el título de “La novela como fuente para la historia ambiental: el caso de *Sub terra* y Lota”. También en este texto nos encontramos la discusión sobre el historiador y su objeto, en este caso la llamada “historia ambiental”.

No es la primera vez que *Historiografías* publica un trabajo sobre este dominio (véase el número 12), una perspectiva que en las últimas décadas ha ido entretejiéndose con la historia económica, la historia política e incluso la historia cultural y de género. Lo que hace original el artículo de Diego Rivera es la defensa de la novela como fuente que puede ayudar, con una perspectiva más cercana o menos “externa”, al enriquecimiento de la citada corriente. Para ello ha elegido la obra del escritor chileno Baldomero Lillo Figueroa, publicada a comienzos del siglo XX y titulada tal y como reza la rúbrica del artículo; una novela poderosamente marcada por el ambiente y la cultura –el trabajo, la vida y la de sus familias– de los mineros de la ciudad de Lota, punto neurálgico de la industria del carbón a finales del siglo XIX ubicado en el litoral-centro de la geografía chilena, de la que Lillo era originario.

Naturalmente, el descubrimiento de la novela como recurso historiográfico para acercarse al ambiente social o a un colectivo humano no es en absoluto reciente, y su potencialidad ya fue advertida en la época de auge de la llamada historia social. El historiador francés Louis Chevalier, estudioso del París del XIX, por ejemplo, ya se fijó hace más de medio siglo en las capacidades que guardaba la famosa obra de Honoré de Balzac, *La Comédie humaine* –título, como se sabe, de las “obras completas” que el escritor francés se esforzó en publicar en su etapa de madurez, caracterizadas, como dice Chevalier, por su extraordinario sentido de la observación–.⁵ Pese a estos antecedentes, cierto es que todavía hoy muchos historiadores siguen teniendo reservas sobre la novela como fuente histórica, o no alcanzan a ver su importancia, aunque faltaríamos a la verdad si no reconociéramos la alta estima en que hoy es tenida la llamada “novela testimonio” entre algunos estudiosos. El artículo de Diego Rivera ayuda a reducir esa desconfianza cuando muestra de qué manera la novela de Baldomero Lillo acerca al historiador a la cotidianidad, y ofrece una “mirada más íntima”, según dice el autor, a modo de complemento de otras fuentes más clásicas; una interesante manera de adentrarse en la historia ambiental, alineado con propuestas que la epistemología de la historiografía viene tomando hoy en consideración, y, obviamente, un útil añadido a la tradicional historia de los movimientos sociales.

El apartado de Varia Historiográfica lo abrimos con el artículo de la profesora de las universidades Jean Selye (Eslovaquia) y Sopron (Hungría), Katalin Kéri, quien ya colaboró con *Historiografías* en el número 23, titulado “Hungarian Travellers’ Writings on Spanish Women, 1808-1911”, y lo cerramos con el del estudioso chileno de la universidad de Concepción (Chile), Gert Thienel Kattan, titulado “Criterio selectivo, simultaneidad y escala en la nueva historiografía naval chilena, 1960-2022”.

⁵ Louis Chevalier, “La Comédie Humaine, document historique?”, *Revue Historique*, vol. 232 (1964): 27-48.

El primero de los textos reviste especial interés porque viene a corroborar un fenómeno que se halla en los orígenes del Hispanismo, bastante antes de que este se convirtiera en una actividad profesional y universitaria, o se viese sacudido por las noticias de la guerra civil española de 1936. Nos referimos a la presencia de viajeros de distintos países en el siglo XIX, quienes se acercaron a la Península Ibérica, bien seducidos por las noticias de la contienda contra Napoleón, y más tarde las guerras carlistas, bien interesados por el arte, las costumbres hispanas y las investigaciones científicas, o incluso impulsados por el oficio periodístico. Gracias a sus obras históricas, libros de viaje, testimonios y artículos de prensa se quebraron ciertos estereotipos, pero también se afianzaron otros que, en algunos casos, se han perpetuado hasta los años de la Transición a la democracia en la década de 1970 y, en cierto sentido, también después. Los “hispanisants” franceses y los “hispaniolized” norteamericanos, o los trotamundos ingleses, han sido ejemplos bastante estudiados, pero los viajeros procedentes de Europa Central y sus estudios y relatos, no tanto.⁶ El artículo de la profesora Kéri es una aproximación que, a través de varias guías de viaje y artículos de prensa reúne descripciones relativas al vestuario, la fisionomía, las costumbres y los valores femeninos, que sorprendieron a esos viajeros, mostrando de qué modo tales relatos contribuyeron a alimentar imágenes decimonónicas o lugares comunes propios del gusto romántico acerca de las representaciones exteriores de España, tales como el recato, el apasionamiento, el desapego a la cultura, la afición a los toros, etc.

Cerramos el apartado con el artículo sobre la historiografía naval chilena de Gert Thienel Kattan. Los especialistas definen la actual historiografía militar como una “nueva historia” que echa a andar a partir de la década de 1970 formando parte de la diversificación e interrelación de paradigmas, corrientes y temas propios de los últimos decenios. Su objeto, lejos de circunscribirse a los relatos de las guerras y sus estrategias, que también constituyen una parte, se ha extendido a una variedad de asuntos que incluyen, por ejemplo, los comportamientos de la tropa, la propaganda, el espionaje y la participación de las mujeres.⁷ La historiografía naval, que puede considerarse una rama relativamente autónoma de aquella también ha experimentado una no menos interesante transformación y enriquecimiento de la mano de la llamada “historia marítima”, corriente esta última que todavía es más más amplia si cabe que la propia historia militar.⁸

En su trabajo Thienel hace un repaso por los más importantes estudios sobre “el poder naval” chileno, referidos a los siglos XIX y XX. La especialización que los caracteriza y su adscripción a la enseñanza y actividad investigadora del cuerpo de la Armada no le han impedido experimentar un notable grado de ampliación y modernización historiográfica en el último medio siglo. En este artículo el lector observará, a través del repaso de las obras más importantes, cómo se han ido incorporando nuevos elementos tales como problemas

⁶ No obstante, las visitas y escritos de viajeros alemanes sí cuentan con estudiosos, como la especialista en historia de la ciencia Sandra Rebok. Véase, por ejemplo, su “España en la lente de los viajeros científicos alemanes durante el siglo XIX”, *Llul*, 32 (2009): 135-152.

⁷ Como señala Cristina Borreguero Beltrán, “La historia militar en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas. Una aproximación”, *Manuscripts. Revista d’ Història Moderna*, 34 (2016): 154-158.

⁸ Guadalupe Pinzón Ríos, “Historia marítima desde la perspectiva de la historia global y de interconexiones”, en María del Pilar Martínez López-Cano (coord.), *Enfoques y perspectivas para la historia de Nueva España* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2021), 203-226.

sociales de época, historia política, de la tecnología y de la ciencia, estudios biográficos y de relaciones diplomáticas. Para mostrarlo el autor ha escogido como guía las propuestas fundamentales del conocido ensayo del historiador norteamericano John Lewis Gaddis, publicado a comienzos de nuestro siglo, *The Landscape of History. How Historians Map the Past*.

Gonzalo Pasamar